

Canto Segundo.

Suavis est homini
panis mendacii.

PROV. XX. 17.

I.

Amanece; cintila en el espacio
Limpia como el cristal la luz primera,
Y con dudosa franja de topacio
Orla el perfil de inmensa cordillera.
Del bosque en el magnífico palacio
Se oye la fuente murmurar parlera,
Y allá del huerto en las frondosas naves.
Cuchichear las hojas y las aves.

Un mes de angustia trascurrido había
En el que instante por instante Alberto
Cubrir la frente de Isabel veía
La pavorosa palidez del muerto.
Descender del dolor á la atonía,
Sus líneas afilar el rostro yerto,
Hundir sus ojos, y su sien hundirse
Y apagarse sus labios, y morir.

Vela Alberto á Isabel; en la almohada
Tendió su mano cariñosa y buena,

Y en ella tristemente reclinada
Tiene Isabel su frente de azucena.
Del padre en las rodillas, descuidada
Duerme la niña, cual la fé, serena,
Y reina ahí como en sepulcro inerte
El terrible silencio de la muerte.

Lame la triste lámpara ya incierta
El borde azul de la dorada taza,
Y entre las hiedras de la reja abierta
Gimiendo el aura de los bosques pasa.
Va murmurando en la extension desierta
El revuelto Atoyac, y se oye escasa
Y lejana la cántiga sonora
Que los labriegos cantan á la aurora.

Tiempo ha que su mirada tiene fija
Alberto en esa frente encantadora,
Que aún no ha besado el lábio de su hija,
Y ya la helada muerte descolora;
De pronto con pavora más la fija,
Es que á la luz incierta de la aurora
Ha visto en las mejillas demacradas
Unas manchas dudosas y azuladas.

Latió su corazon, ¡oh, cual latía!
Mas conteniendo el agitado aliento,
Quitó la mano en que Isabel dormía,
Con leve roce y silencioso y lento,
Y cuando reclinado hubo á María,
De puntillas cruzando el aposento,
Con esa angustia que á los nobles hiere
Buscó al doctor y le grito: "¡Se muere!"

Era ese instante en que el dolor estalla,
 Y en que al batir al alma las torturas,
 Como de cuajo al arrancarse el haya
 Crugen y truenan sus raíces duras;
 Era el instante en que en el mar sin playa
 Del humano dolor, solos y á oscuras,
 Nos arrebató el huracan violento
 La última tabla y el postrer lamento

.....
 Llegó el doctor ufano, y al oído,
 "¿Es verdad? ¿es verdad?" deciale Alberto,
 Y él, inclemente y con dolor fingido
 Le contestaba silencioso, "es cierto."
 Ahogando profundísimo gemido
 Abrió Isabel sus párpados de muerto,
 Y al travéz de una lágrima nublada,
 "Es verdad!", agregó con la mirada,

Si puede el corazón desde su altura
 Rechazar del destino el rudo embate,
 Dominar de los mares la bravura,
 Sereno respirar en el combate,
 Ríndese al sufrimiento y la ternura
 En las desdichas del hogar, se abate,
 Como la mar que de pujanza llena
 Se estrella en cinta de menuda arena.

De aquel cáliz de hiel libar no pudo
 La última gota de dolor Alberto,
 Y vuelto hácia el umbral, lloroso y mudo,
 Con el mutismo horrible del desierto,
 La estancia atravesó con paso rudo,

Y pálido y crispado como un muerto
 Por ahogar luchaba en su quebranto,
 Del corazón el borbotón de llanto.

Sonriente el doctor miraba atento
 La faz sin vida de Isabel, la puerta
 De aquel vecino y próximo aposento,
 Para su mal y su inquietud abierta.....
 ¡Satanas le envidiara aquel momento!
 Pues no acierta el pecado, cual no acierta
 A describir la musa palpitante
 El infierno y pavor de aquel instante.

Era el de la venganza; era el momento
 De la calumnia, en que el infierno todo
 Se incendia con un mismo pensamiento.
 El doctor iba á herir, y de igual modo
 Que el asesino, silencioso y lento
 Desenvaina el puñal, de junto al lodo
 De su pecho sacó un papel maldito
 Por él con letras de Isabel escrito.

Enbarga ya á la enferma ese desmayo
 Que al sueño de la muerte se asemeja,
 Mientras veloz como el fulgor del rayo
 Algo el doctor entre sus manos deja.

.....
 Al punto doblegarónse en su tallo
 Mustias las azucenas de la reja,
 Y en los ojos del ángel que dormía
 Saltó una gota como el hielo fría.

La víbora había herido, el insondable
 Odio de aquel reptil en su despecho,
 De la soberbia el odio incomparable
 Comenzaba á sentirse satisfecho.
 Respiró con olgura el miserable;
 Sentóse al pié del doloroso lecho,
 Y abriendo un libro con frialdad impía
 Hasta llegó á leer lo que leía.

El alma noble ante el deber odioso
 Lucha por detenerse, pero avanza,
 Cual las olas del Niágara espumoso
 A orillas del abismo á que se lanza.
 Se arrastraba hácia afuera congojoso
 Alberto por huir, cual su esperanza;
 Pero el deber como ninguno fuerte,
 Llevólo al lecho aterrador de muerte.

Con lábios amorosos como el cielo
 Llegó á Isabel Alberto atribulado,
 A imprimir en su frente cual consuelo
 El beso del *adios* del desdichado.
 Mas al buscar sus manos con anhelo
 Para oprimirse el corazón hinchado,
 Halló un papel que recogió al instante,
 Trémulo, demudado, palpitante.

En la vecina estancia, sola y queda,
 Ya desplegabla la hoja que crujía
 Con el crugir sonante de la seda,
 Ya á plegarla otra vez y otra volvia.
¡Era el *adios* que palpitante queda

Al borde oscuro de la tumba fria,
 La lágrima del alma que se vierte
 A orillas de la vida y de la muerte?

Se dió al fin á leer; mas al instante
 Sus manos se crisparon, su mirada
 Giraba cual sin eje y deslumbrante
 Por el turbión del alma arrebatada.
 Hormigueaban las letras, delirante
 Dovoraba la carta envenenada
 Que en claras letras de Isabel decia
 Esto, que Alberto con pavor leia:

“Si has de llorar como fiel
 Ante mi sepulcro yerto,
 De inojos te ruego, Alberto,
 Que leas este papel.

Mucho gimiendo he rogado
 A Dios me dé la palabra
 Que puédas oír y me abra
 Tu corazón lacerado.

No sea la sola, no,
 Quien cuando busca la calma,
 Halle cerrada esa alma
 Que á ninguno se cerró.

Es una frase maldita
 Que para decir mi boca,
 Quisiera volverme loca
 Cuando la vida me quita.

Ya va mi lábio á decirla
 Y espantada retrocede,
 Que quisiera, aunque no puede
 Que la oyeras sin oirla.

Mas no quiero que me afija
 En mi muerte tal pecado.....
 Sabe, pues, que te he engañado
 Que Maria no es tu hija.

¡Comprende que habrá deshecho
 Esa palabra mi boca!
 ¡Que debo estar más que loca
 Cuando tal confesion he hecho!

Mas no tu desprecio ó tu ira
 Me hiera antes que sucumba,
 ¡Es, que al borde de la tumba
 No puede hablar la mentira!

Que aunque la vergüenza arguya,
 La conciencia debe hablar,
 Que ya no puedo angañar
 A una alma como la tuya.

¡Sella el labio antes que muera!
 ¡No hables, no hables, por piedad!
 Mira que en la eternidad
 Quizá el infierno me espera.

¡No arrojes tu maldicion!
 Que de ese castigo eterno
 Es ya un principio el infierno
 De perder tu corazon.

Cálmen, calmen tus enojos
 Mis torturas, al caer
 De un lecho que siento arder,
 A mi sepulcro de abrojos.

Perdóname, y si un consuelo
 Puede implorar la que parte
 Sin la dicha de mirarte
 Ni la esperanza del cielo,

Le pido á tu corazon,
 Que ora de espinas corono,
 Para ese ángel que abandono
 Un poco de compasion.

Al bajar al ataúd
 Yo abogo por su inocencia;
 Dale ese amor de clemencia
 Que es fulgor de la virtud.

Por mí, por tí, por los dos,
 Que ignore hasta que sucumba
 Mi crimen, “¡Ve que una tumba
 No tiene más juez que Dios!”

Cadavérico, inmóvil, sin aliento,
 Inconsciente, crispado y sin mirada;
 Apagado de un soplo el pensamiento,
 Como hundido de súbito en la nada;
 Por la asfixia mortal del sentimiento
 Su sangre en el cerebro congelada,
 Quedó aquel hombre de acerado pecho,
 Al ver el cielo de su hogar deshecho.

.....
 Dime, divino arcángel soberano
 Cuyas alas castísimas y puras
 Velan ufanas el hogar cristiano,
 Arcángel del honor y las venturas,
 Tú, que conjuras el dolor tirano,
 Tú, que la horrenda tentacion conjuras,
 Díme la frase, como el rayo, ardiente,
 Que de aquesa infeliz cruge en la mente.

Tú que á las puertas del hogar dichoso,
Allá en las horas del amor avanzas,
Y cual muro de bronce poderoso
A ambos dinteles con vigor te afianzas;
Tú que con rubias manos, cariñoso
Bendices del amor las esperanzas,
Y vas con boca dulce cual ninguna
A darle paz en la aromada cuna,

Mueve mi lengua tú con sábia mano,
Si puede el labio ó logrará el acento
Esa palabra modular..... ¡En vano!
Llegar no puede el hombre hasta el portento.
Bajo el teclado del lenguaje humano,
Está el gran diapason del pensamiento,
Pero el teclado miserable y rudo
Nunca tañer en lo sublime pudo.

.....
Apoyado, cual ébrio, sobre el muro
El hombre aquel está, ciegos los ojos,
Viendo parpadear en fondo oscuro
Manchas de luz y lamparones rojos.
Avanzaba tan lento é inseguro
Cual si en hielo pisara ó en abrojos,
Que su ser vacilando con pavura
Está entre la razon y la locura.

Mas Dios, que presta al hombre en su de-
(sierto
En su lóbrego mar, siempre una tea,
Y si arroja el turbion, alumbra el puerto
Y hace que diestro y firme el remo sea,
Tendió su mano á la razon de Alberto,

Echó á andar el volante de su idea,
Y al punto como herido por abrojos
Asaltaron las lágrimas sus ojos.

Medita, repitiendo la lectura;
¡Eran los caracteres que en un dia
Le anunciaron del cielo la ventura!
¡La mano de Isabel escrito habia!
Cegó entónces el mar de su ternura,
No era el amante ya como solia,
Era el honor en el hogar cristiano,
Altivo como el cedro soberano.

Se apresuró á salir, con la arrogancia
Del honor no humillado, aunque vendido;
Però al partir, en la vecina estancia,
Resonó de Isabel hondo gemido.
Su sér se conmovió, que es la fragancia
Del alma noble el generoso olvido;
Mas al ir á volverse, en frase trunca
Dijo, sus pasos deteniendo, “¡Nunca!”

¿Iba á negar al moribundo indulto?
¿En la herida á jugar los dardos iba?
¿A azotar con la ortiga del insulto,
Del corazon aquel la carne viva?
O bien rendido al infamante culto
De la adúltera vil, torpe y lasciva,
¿Iria á postrarse ante su lecho inerte
A degradar y envilecer la muerte?

“¡Jamás, y nunca!”, dijo, y arrancando

Cual una avispa á su razon clavada
 Aquel amor cuanto infeliz nefando,
 Salió de aquella estancia envenenada.
 Y larga brida á su corcel soltando
 Del raudal por la márgen enflorada,
 Huyó de aquel hogar que parecia
 Que cual tenaz fantasma lo seguia.

Mientras cruzaba Alberto la llanura
 Lo invocaba Isabel con tierno encanto,
 Y mudo y saturado de amargura,
 Corria en los ojos de la niña el llanto.
 El viento sollozaba en la espesura,
 Se apagaba la lámpara entre tanto,
 Y al eclipsarse Alberto en la emboscada
 Lanzó el doctor horrible careajada.

II.

Prodigio que siempre vió,
 Quien confia en el mentir,
 Isabel iba á morir,
 Pero en cambio no murió.
 El mundo siempre creyó
 Verdad, aun en sus agravios,
 Lo que dicen doctos lábios,
 Sin mirar por la experiencia
 Que nunca engaña la ciencia,
 Pero se engañan los sábios.

Mas afirmaba un rumor
 Que el dolor y la atonía

De la enferma estar solia
 A voluntad del doctor.
 Pues de cuanto salvador
 Arte, elíxir, medicina,
 Halla la ciencia divina,
 Apelaba el delincuente
 Tan solo al uso creciente
 Del ópio y de la morfina.

Ello es, que como avenida
 Tras mal segura compuerta,
 En Isabel casi muerta
 Afluyó á mares la vida;
 Pero la mata otra herida;
 La de esa ausencia severa,
 Que explicarse no pudiera
 Con sus mil cavilaciones,
 Porque no hay explicaciones
 Para un corazon que espera.

Imposible parecia
 A aquella alma de azucena,
 Que Alberto huyera sin pena
 Mientras ella se moria.
 Su cabeza encanecia,
 Porque suele blanquear
 La cabeza, el batallar
 Del alma en lucha violenta,
 Como suele en la tormenta
 Cubrirse de espuma el mar.

Mil diferentes noticias

Recibia á cada momento
 Que ella allá en su pensamiento
 Luchaba en hacer propicias,
 Y prodigando caricias
 A aquel ángel peregrino
 Luz y paz de su destino,
 Con inocencia echicera,
 Subia á la torre altanera
 A divisar el camino.

Y esperaba, y entretanto,
 En sus horas silenciosas,
 Decíale á Dios muchas cosas
 Derramando mucho llanto.
 Sublime, divino encanto
 Es la mujer del hogar,
 Pues cual marino al luchar,
 Solo halla un doble consuelo,
 En su piedad, que es un cielo
 Y en su llanto, que es un mar.

Un día, un hermoso día,
 Tibio, diáfano, sereno,
 De esos en que late lleno
 El corazón de armonía;
 En que el sol nítido envía
 Mares de luz sobre el suelo,
 Y en que presa de un anhelo
 Incomprensible y profundo
 El alma vuela del mundo
 Para perderse en el cielo,

Desde el mirador do á ver
 Remotos valles se alcanza
 Vió Isabel en lontananza
 Un ginete aparecer.
 Vibró de dicha su ser,
 Y con el vigor que inspira
 Un corazón que delira,
 Fuese á la niña, y de un salto
 Levantándola muy alto,
 Decía entre sollozos; "¡Mira.....!"

Y era Alberto sí, era él,
 Que en vano esperó propicia
 La salvadora noticia
 De la muerte de Isabel.
 Sereno, aunque no cruel,
 Piadoso, aunque sin amor
 Iba á arrojarla ¡oh dolor!
 Que en esa lucha infernal
 Busca el malo su puñal,
 Y el bueno busca su honor.

Cuando llegó á la ciudad
 Al punto sintió doquiera
 La mordedura de fiera
 De la impune sociedad.
 Todo el mundo sin piedad
 Con mil lenguas repetía
 Lo que la carta decía;
 Que para hablar en su mengua
 Hasta el aire tenía lengua,
 Y el mudo hablaba y oía.

Y lo que más le amedrenta
De aquel tenaz murmurar,
Que cual la nieve al rodar
Cada vez más se acrecienta,
Es que el cuento que se cuenta
No es una historia de ahora,
Tan vieja es, cual seductora,
Que la calumnia en su lisa,
Al último á quien avisa
Es aquel á quien devora.

Nunca destrozó la roca
La lava en su embullicion,
Cual destrozó el corazon
De Alberto la fiebre loca.
¡Maldito el mundo que invoca
Virtud y arroja pasion,
Cual la avispa en su traicion,
Que liba el clavel ameno
Para inocular veneno
Al enclavar su aguijon.

.....
Cuando pudo al caballero
Reconocer, al instante,
Rauda, loca, jadeante
Corrió á encontrarlo al sendero,
Un palpar traicionero
Batía su pecho turgente;
Avanzaba torpemente,
Trémulos los lábios rojos,
Y llenos de luz los ojos
Y de caricias la mente.

Luchaba por contener
Esa lágrima, esa gota
Que un dia en la vida brota
De nuestra alma y nuestro ser.
Su corazon de mujer
Se ahogaba de contento,
Cuando observó que al momento
De verla á lo léjos él,
Tiró la brida al corcel
Para avanzar lento, lento.

Y roja como el granado,
Con el arbol que imprime
Esa castidad sublime
Del amor santificado,
Esperaba en el vallado
Con la emocion que sofoca,
Y la inquietud de una loca,
Lleno el corazon de encanto,
Temblando en sus ojos llanto,
Y el beso ardiendo en su boca.

Mas, cual desgarrar el leon
Las fibras del ciervo muerto,
Asi el saludo de Alberto
Desgarró su corazon.
Borrascosa convulsion
La estremeció, miró oscura
La encantadora llanura,
Sintiéndose arrebatada
De esa razon deslumbrada
Mas torpe que la locura.

Mudos, lívidos y yertos
 Siguiéron luego el camino,
 Aquel sendero divino
 Cruzando como dos muertos;
 De helado sudor cubiertos
 No se atrevían á mirar;
 Como de un lejano mar
 Sus latidos se escuchaban,
 Y mientras mas avanzaban
 Menos podían avanzar.

No bien llegaron, su sien
 Irguió Isabel con grandeza
 Cual solo erguir la cabeza
 Puede la honra, y dijo;...“¡Y bien...!”
 La serpiente del eden,
 La fría palabra de un muerto,
 El León en el desierto,
 La tentación de Luzbel,
 No hieren como á Isabel
 Hirió la lengua de Alberto.

Todo su ser condensó
 Para no morir tal vez
 De pureza y de honradez
 Cuando la carta leyó.
 Jamás la ola se encrespó
 Cual su alma en aquel instante,
 Porque de la esposa amante
 Es como la mar el alma,
 Al par que inmensa en la calma,
 En la borrasca gigante,

Sus pasiones de mujer
 Convirtiénrola en furiosa,
 Mas sus deberes de esposa
 La ataron luego al deber.
 ¡Sublime tienes que ser
 Santo Dios y verdadero,
 Pues juntaste en el reguero
 Del cristiano corazón,
 La regia altivez del león
 Y la humildad del cordero!

Hirvió su pecho en conjuros,
 Su lengua hincharon agravios,
 Llamó el insulto á sus lábios
 Siempre castos, siempre puros;
 Mas contenida en los muros
 De ese conyugal deber,
 Lloró, porque en la mujer
 Dios quiso poner el llanto,
 Como una fuente de encanto,
 De ternura y de poder.

Y prorrumpió en la elocuencia
 Sublime y angelical,
 Con que habla siempre ante el mal
 El labio de la inocencia.
 En vano con diligencia
 Buscaba la negra huella
 Con que la calumnia sella
 Su camino.....¡no sabía
 Que deja rastro la impia
 De su víctima, no de ella!

Terrible como el honor
 Esa deidad sin clemencia,
 Virginidad, inocencia,
 Que no tiene redentor;
 Tenaz, frio, acusador
 Repetía Alberto el zumbar,
 El horrible murmurar
 De aquella inmensa colmena,
 Que de atroz veneno llena
 Volaba en torno á su hogar,

Letra á letra repetía,
 Ante el propio abismo ciego,
 Esas palabras de fuego
 Que todo el mundo sabía.
 ¡Que frialdad en la agonía
 De una ventura tan breve!
 ¡Quien á comprender se atreve
 Porqué en la honra herida estan,
 Como en el ancho volcan
 Fuego dentro, y fuera nieve?

Y toda aquella cascada
 De palabras y de hiel,
 Desplomó sobre Isabel
 En una enorme aleada.
 En vano la infortunada
 Luchaba ya sin sentido.....
 ¡Quien reventar ha podido
 Esas redes maldecidas
 De lenguas entretegidias,
 Cual culebras en el nido?

Con la gula de una hiena,
 Nerviosa cual la locura,
 Buscaba la soldadura
 Primera de esa cadena.
 Y cuando de angustia llena
 Su mano al reptil tocó,
 Cuando en el doctor pensó,
 Arrojó un grito de loca,
 Como aquel que á oscuras toca
 El alacran que lo hirió.

Mas no bien escucho Alberto,
 Presa de mortal dolor
 El nombre de aquel doctor,
 Palideció como un muerto,
 Vió claro, tangible, cierto,
 Su baldon que sangre clama,
 Y en el raudo telégrama
 Con que solemos pensar,
 Creyó los hilos atar
 De aquella maldita trama.

Frases recordó ahogadas,
 Y mil veces sorprendidas
 Sonrisas mal comprimidas,
 Miradas mal apagadas.
 Y vió en un punto apiñadas,
 Lágrimas mudas, endechas,
 Palabras, pláticas, fechas,
 Sombras, sueños, quejas leves,
 Y esos mil falsos relieves
 A que llamamos sospechas.

Brillando como el acero
 El zic-zag de su mirada,
 Cón la cabeza herizada
 Y el respirar hondo y fiero;
 Pausado, altivo, severo,
 Sintiendo hervir la conciencia
 Se ausentó, con la vehemencia
 Del fuego al soplar la brisa,
 Y aquella horrible sonrisa
 Que es el llanto en la demencia.

Fria y enclavada á la par,
 Cual hacha en la encina ruda,
 Idiota, insencible y muda,
 Quedó Isabel, sin pensar.
 Pasó una hora secular
 Que dió en el gran minarete,
 Cuando llegó al gabinete
 Un lacayo que altanero,
 Calado el ancho sombrero,
 A Isabel le dijo: ¡Vete.....!

Canto Tercero.

Sicut igne probatur Argen-
 tum, et aurum camino: ita cor-
 da probat Dominus.

Prov. XVII.—3.

I.

Noche como el dolor negra y profunda,
 Imágen del caos..... ya parecia
 En la borrasca que rugia iracunda
 Para siempre apagado el sol del dia;
 La lluvia torrencial el suelo inunda,
 Deshoja el huracan la selva umbria,
 Y miles de relámpagos fogosos
 Argietan los espacios tenebrosos.

Se turba y gime el ánima affigida
 En esas noches de terror profundo
 En que cual gota en el caos perdida
 Rueda la masa lóbrega del mundo.
 Perdemos la conciencia de la vida
 Al circuirnos la nada, y furibundo
 El pecado que es llanto y es tiniebla
 El alma oscura de fantasmas puebla.